



# 1

En abril del año 1498 de Nuestro Señor yo era una niña de ocho años. Vivía en un bonito pueblo rural en la orilla sur del río Loira, donde un castillo fortificado de piedra blanca adornaba la colina. Aquel castillo había sido restaurado por el rey Carlos VIII, y su corte residía allí gran parte del año. Tanto el pueblo como el castillo se llamaban Amboise.

Mi madre, Jeanne Popyncourt, de quien recibí mi nombre, era una de las damas de la reina de Francia. Mi padre, hasta su muerte seis meses antes, había seguido a la corte de un lado a otro y alquilaba alojamientos en pueblos cercanos para que mamá pudiera visitarnos cuando no estuviera asistiendo a la reina Ana. Teníamos una casa modesta en Amboise y varios criados que se ocupaban de nuestras necesidades. Después de la muerte de papá, mamá contrató a una institutriz para que cuidara de mí.

Vivíamos en Amboise tan a menudo que había trabado amistad con algunos de los niños del pueblo. Pasaba mucho tiempo con uno en concreto, un chico de mi edad llamado Guy Dunois. Guy me enseñó a jugar a las cartas y a trepar a los árboles, y me hacía reír poniendo los ojos bizcos. Sus ojos eran de un brillante azul verdoso, siempre llenos de malicia.

Entonces el rey Carlos murió, y todo cambió. Cuando la noticia se extendió por Amboise la gente salió a las calles simplemente para mirar el castillo. Algunos tenían lágrimas en los ojos. La señora Andrée, mi institutriz, me dijo que me quedara en mi habitación, pero desde mi ventana pude ver cómo ella, y el resto del servicio, salían a la calle. Guy y su madre también estaban allí fuera. Estaba a punto de desobedecer las órdenes de mi institutriz y de unirme a ellos cuando una figura con capa y embozo entró abrup-



tamente en mi habitación. Dejé escapar un grito, pero entonces reconocí a mi madre.

—Debemos partir inmediatamente, haremos un largo viaje —me anunció mamá.

A pesar de mi sorpresa por el atuendo de mi madre, estaba eufórica ante la perspectiva de una gran aventura, y aplaudí con deleite. Apreciaba las horas que pasaba en su compañía, sobre todo desde que había perdido a mi padre. Habitualmente sólo podíamos estar juntas cuando ella no tenía obligaciones en la corte. Como era una de las damas favoritas de la reina Ana, eso ocurría rara vez.

—¿A dónde vamos? ¿Cuándo nos marchamos? ¿Qué debería llevar?

—No hagas preguntas, Jeanne, te lo ruego.

—Pero debería despedirme de Guy y de mis otros amigos, o todos se preguntarán qué ha sido de mí.

—No hay tiempo. —Ya había metido mis vestidos más nuevos y delicados en la bolsa de cuero que llevaba—. Ponte la capa, y cámbiate esos zapatos por tus botas más recias.

Cuando hice lo que me había pedido, le tendí un juguete que adoraba: una muñequita de tela con el cabello de lana y un brillante vestido rojo. Mamá parecía triste, pero negó con la cabeza.

—No hay sitio.

También dejó atrás mi peine, mi cepillo, mi pizarra y mi libro de oraciones. Echó una última mirada a la habitación para asegurarse de que había cogido todo lo que creía necesario, tomó mi mano y me llevó hasta el establo.

Allí nos esperaba un caballo, ya ensillado y con una segunda y abultada bolsa colgada. Busqué a un mozo, pero no había ninguno a la vista. Mamá tampoco había contratado a ningún guardia para que nos escoltara y protegiera.

Mucha gente estaba abandonando Amboise tras la muerte del rey.

—¿A dónde van todos con tanta prisa? —le pregunté mientras cabalgaba montada a su espalda y agarrada con fuerza a su cintura.

—A Blois, a recibir al nuevo rey.

—¿Es allí a donde nos dirigimos nosotras?

—No, cariño. Por favor, Jeanne, guarda silencio.

Ella era mi madre y sonaba como si estuviera a punto de llorar, así que la obedecí.



Una vez fuera del pueblo evitó los caminos principales. En el pasado, cuando había hecho viajes con mi padre, habíamos pasado la noche en casas privadas, generalmente en casas solariegas que pertenecían a sus amigos. Pero mamá decidió tomar habitaciones en posadas recónditas, o alquilar los aposentos para invitados de las órdenes religiosas. No era un modo agradable de viajar. Las camas, a menudo, tenían bultos y estaban llenas de pulgas.

Mamá me dijo que no debía hablar con nadie, y ella misma lo hacía pocas veces. Ambas llevábamos sencillas capas de lana con las capuchas escondiendo nuestros rostros. Era casi como si temiera que la reconocieran como una de las damas de la corte francesa.

Nuestro viaje duró dos meses, pero por fin llegamos a Calais, en la costa norte de Francia. Mamá detuvo a nuestro caballo y exhaló un audible suspiro.

—Ahora estamos en suelo inglés, Jeanne. Esta tierra pertenece al rey Enrique VII de Inglaterra.

Su evidente alivio por haber abandonado el país me desconcertó, pero no me atreví a preguntar la razón.

Un par de días después atravesamos en un tosco velero el peligroso cuerpo de agua que los ingleses llaman Canal de la Mancha y llegamos al pueblo de Dover. Era doce de junio, dos días después del Domingo de Trinidad, y el puerto inglés era un hervidero. Las autoridades estaban buscando a un prisionero fugado que habían llevado bajo guardia al palacio del rey inglés en Westminster. Se llamaba Perkin Warbeck, y era un aspirante al trono.

Mi madre se mostró muy preocupada por esa noticia. Había conocido a Perkin Warbeck algunos años antes, cuando estuvo de visita en la corte francesa del rey Carlos. En aquel momento había afirmado ser el verdadero rey de Inglaterra y pedido ayuda a nuestro rey para derrocar a Enrique VII.

Aunque yo era, por naturaleza, una niña curiosa, sentía poco interés por la feroz búsqueda de Warbeck. Las novedosas imágenes y sonidos de nuestro viaje por tierra hasta Londres me tenían atrapada. Todo era nuevo y diferente: el idioma, la ropa... incluso los cultivos. Viajamos durante tres días a través de la campiña inglesa antes de llegar a la ciudad.

En Londres tomamos una habitación en *La cabeza del rey*, una posada en Cheapside, y mamá comunicó nuestra llegada a su her-



mano gemelo, Rowland Velville, a quien no había visto desde hacía muchos años, desde que él había abandonado su hogar para servir como paje para un inglés exiliado llamado Enrique Tudor. Hecho eso, nos acomodamos para esperarlo.

Nuestra habitación tenía vistas al patio de la posada. Para pasar el rato observaba las llegadas y partidas de los invitados, y a los mozos mientras trabajaban. Los criados cruzaban el espacio abierto, haciendo recados o llevando a los caballos a los establos, docenas de veces al día. Una vez vi a una mujer joven, con capa y capucha, escabulléndose de su habitación y entrando en otra. Era un lugar ruidoso y ajetreado, pero toda aquella actividad me proporcionaba un entretenimiento que agradecía. No teníamos ni idea de cuánto tiempo tendríamos que permanecer allí.

La tercera mañana de nuestra estancia, el dieciocho de junio, me despertó el sonido de un martillo. Salí de la cama, temblando un poco, y me acerqué a la ventana. Desde aquel punto tenía una vista clara de la media docena de hombres que estaban construyendo la plataforma más rara que había visto nunca. Estaba hecha con cubas de vino y toneles vacíos.

Cuando la terminaron, los hombres aseguraron un pesado objeto de madera en la parte superior. Pestañeeé, perpleja, pero estaba segura de que no estaba equivocada. Ya había visto cepos antes. Incluso en Francia, donde se obligaba a aquellos que cometían crímenes a sentarse en ellos mientras la gente les tiraba desperdicios y los insultaba al pasar.

—Jeanne, ¡apártate de ahí!

Me giré para encontrar a mi madre sentada en la cama, con el rostro enrojecido por el sueño. Pensé que estaba insuperablemente hermosa; corrí hacia ella y trepé a su lado para darle un abrazo y un beso. Adoraba el roce de su piel, que era tan suave como los pétalos de flor y olía a agua de rosas.

—¿Qué es todo ese ruido? —me preguntó.

—Algunos hombres han construido una plataforma con cubas de vino y toneles, y han colocado un cepo encima. El patio parece un mercado. ¿Crees que los ingleses tienen por costumbre castigar a sus criminales en *La cabeza del rey*?

—Creo que sólo unos prisioneros muy especiales podrían merecer tal tratamiento. Debemos vestirnos, y rápido.

Su rostro, que siempre estaba pálido, se había vuelto tan blanco



como el pergamino más delicado. Yo no comprendía qué iba mal, pero tenía miedo.

Como no habíamos llevado a criados con nosotras desde Francia, teníamos que hacer de doncella la una para la otra. Acordoné el pálido corpiño dorado y la túnica de mamá y la ayudé a ponerse el largo vestido rosado que iba sobre ésta. Teníamos ropas muy hermosas, y mamá había puesto un cuidado especial en empaquetar las mejores. Las telas eran nuevas y olían muy bien, y los colores eran vivos y brillantes.

Cuando terminamos de vestirnos y rompimos nuestro ayuno con pan y cerveza, había un jaleo enorme en el patio. Juntas, mientras la campana de la torre de la iglesia cercana marcaba las diez, salimos al balcón y miramos abajo.

Habían colocado a un hombre en el cepo. Tenía el largo cabello rubio sucio y su elegante ropa arrugada y manchada, pero tenía el aspecto de alguien importante. Era difícil decir su edad. Se derrumbaba como un anciano y, como yo sólo tenía ocho años, todo el mundo me parecía viejo. Pero en realidad no era mayor que mi madre, y ella sólo tenía veinticuatro años.

La ruidosa multitud se hizo mayor mientras mirábamos. Se burlaban del prisionero y lo insultaban. Lo estaban exhibiendo públicamente como castigo por algún crimen, eso lo comprendía. Lo que seguía desconcertándome era la extraña plataforma.

—¿Quién es? —pregunté a mamá— ¿Qué ha hecho?

Hablé en francés, con la aguda y cantarina voz de la niñez. Un hombre con túnica de abogado levantó la mirada, con la sospecha escrita en su moreno y feo semblante. Aquellas pocas palabras habían atraído la atención hacia nosotras. Peor, nos habían señalado como extranjeras. Mamá retrocedió precipitadamente hasta el interior de la habitación, arrastrándome con ella, y cerró los postigos.

—¿Quién es? —le pregunté de nuevo.

—Perkin Warbeck —me respondió mamá—. El impostor al que buscaban los soldados en Dover.

El ruido tras nuestra ventana se incrementó a medida que pasaba el día hasta que, finalmente, justo después de las tres, se llevaron a Warbeck rodeado de guardias. Apenas un cuarto de hora después llegó mi tío.

—Has crecido, Rowland —dijo mi madre mientras abrazaba



con fuerza a su gemelo—. Pero te habría reconocido en cualquier parte. Te pareces a nuestro padre.

No había visto a su hermano desde que ambos tenían nueve años. Tres años después de que Rowland abandonara su hogar, Enrique Tudor se había convertido en el rey Enrique VII de Inglaterra.

—Y tú, mi querida hermana —le contestó cortésmente Rowland Velville—, tienes un rostro hermosísimo.

—Jeanne —dijo, dirigiéndose a mí—, éste es tu tío, el señor Rowland Velville.

—Sir Rowland —la corrigió, echándome una dura mirada.

Examiné a los dos hermanos mientras hablaban en voz baja, fascinada por su gran parecido. Ambos habían sido bendecidos con un espeso cabello castaño y unos grandes y profundos ojos marrones. Yo compartía su coloración, pero mis ojos tenían reflejos dorados. Aquella pequeña diferencia me complacía extraordinariamente. No quería ser como los demás, ni siquiera como mi amada madre.

Mi tío tenía la nariz grande, larga y delgada. La de mi madre también era fina, pero mucho más pequeña. La mía era la más pequeña de todas; mamá decía que era un «botón». Mi tío estaba por encima de la altura media. Mamá le llegaba al hombro. Ambos eran delgados, como yo.

Después de relatar a su hermano un breve resumen de nuestro viaje, mamá le describió la escena en el patio de la que habíamos sido testigos.

—Pobre hombre —dijo, refiriéndose a Perkin Warbeck.

—¡No malgastes tu compasión! —Mi tío parecía tan enfadado que me aparté rápidamente de él—. No es más que un impostor, el hijo de un plebeyo que se hace pasar por miembro de la realeza.

Mamá arrugó la frente.

—Ya lo sé, Rowland. Lo que no comprendo es por qué intentó escapar. La rebelión terminó hace meses. Nos enteramos de ello cuando estábamos en la corte francesa, y también de que el rey Enrique perdonó a Warbeck por liderarla.

—Tu información es extraordinariamente precisa.

—Cualquier noticia sobre la corte inglesa llega pronto a los oídos del rey de Francia. Sin duda, el rey inglés tiene fuentes similares que lo informan de todos los rumores que salen de la corte francesa.



—Si es así, yo no estoy al tanto de lo que éstas le cuentan. Enrique nunca ha confiado en mí. —Mamá se mostró aliviada al escucharlo—. El rey no siempre recompensa a quienes lo merecen.

—Ha sido generoso contigo. Te han nombrado caballero.

—Un honor largamente pospuesto. —Su voz sonó amarga—. Y no hubo tierras acompañando al título. ¡Le preocupa más el futuro de ese tipo, Warbeck! Tan pronto como el aspirante admitió que era un impostor, el rey le permitió que permaneciera en la corte. Estaba bajo vigilancia, pero lo trataban como a un invitado. La esposa de Warbeck vivía incluso mejor. La designaron dama de la reina Isabel y se le otorgaron honores plenos, ya que es la hija de un noble escocés.

—Lady Catherine Gordon —murmuró mamá—. Pobre chica. Creía que se había casado con un rey, y terminó con un simple plebeyo.

—Warbeck, a partir de ahora, se hospedarán en la torre de Londres. En esa fortaleza la vida no le resultará tan cómoda, ni tendrá otra oportunidad de escapar.

—¿La torre de Londres? ¿Es una prisión? —Mamá parecía confundida—. Pensaba que era un palacio real.

—Es ambas cosas, a menudo al mismo tiempo. Allí se mantiene a los prisioneros acusados de traición, y a los de noble cuna. Y los reyes han seguido alojándose en su recinto desde los primeros días de su reinado.

Tiré de la manga azul oscuro de mi tío hasta que miró hacia abajo con sus líquidos ojos castaños, tan parecidos a los de mi madre.

—¿Cómo es posible confundir a un plebeyo con un príncipe? —le pregunté.

—Fue bien entrenado por los enemigos del rey Enrique. —Mi tío se apoyó sobre una rodilla para ponerse a mi altura, y me cogió por los hombros—. Es una pregunta muy inteligente, Jane. Es importante saber quién es la gente. La corte se parece mucho a una pequeña aldea. Si no sabes que la esposa del carnicero forma parte de la familia política del herrero, podría ser fatal que hablaras en su contra delante de ella. Ocurre lo mismo con los planes y las conspiraciones. Una enemistad familiar puede...

—¡Rowland! —Mi madre lo interrumpió abruptamente—. No continúes, te lo ruego. Es demasiado joven para entenderlo.





El hombre asintió bruscamente, pero siguió agarrándome los hombros y mirándome directamente a los ojos.

—Escúchame bien, Jane: voy a contarte ahora un cuento con moraleja, y dejaremos la otra historia para más adelante. Hace muchos años, cuando murió Eduardo IV de Inglaterra, sus dos hijos fueron declarados ilegítimos por su tío, que se hizo con el trono y se proclamó Ricardo III. Los príncipes desaparecieron, nadie sabe qué les pasó, aunque la mayoría cree que Ricardo III, que ya era rey, había hecho que los asesinaran. Enrique Tudor venció entonces a Ricardo en una batalla, en un lugar llamado Bosworth, y se convirtió en el rey Enrique VII. Para poner fin a la guerra civil, Enrique Tudor se casó con Isabel de York, la hija mayor de Eduardo, a pesar de que también ella había sido declarada ilegítima por Ricardo. —Mi tío echó un vistazo a mi madre y continuó—: En estos momentos, el rey Enrique VII está especialmente sensible con el tema de los bastardos reales.

—Es comprensible —contestó mamá. Tenía una expresión serena y la voz tranquila, pero la tristeza brillaba en sus ojos.

Mi tío volvió a mirarme para continuar con su lección de historia.

—Pero el trono del rey Enrique aún no está seguro. Ha surgido una plaga de impostores que afirman ser uno de los príncipes desaparecidos. Hasta ahora, su Excelencia siempre ha sido capaz de descubrir sus verdaderas identidades y de sacarlas a la luz, extrayendo el corazón de los traidores que los apoyaban. Pero todavía existen muchas almas rebeldes en Inglaterra, hombres que están preparados para alzarse de nuevo, incluso por un bastardo real.

Fruncí el ceño, confundida.

—Sé lo que es un bastardo, tío. Significa que has nacido fuera del matrimonio. Mi amigo Guy Dunois es uno. Pero si esos dos chicos, que pueden estar muertos o no, son bastardos, ¿por qué iba alguien a hacerse pasar por ellos? Incluso si estuvieran vivos, no podrían reclamar el trono.

Mi tío me miró con aprobación.

—Yo no estaría tan seguro. Antes de casarse con su hermana, el rey Enrique VII revocó el decreto real que la convertía, a ella y a sus hermanos, en ilegítimos. De modo que muertos están, y muertos deben permanecer... por el bien del reino.

Mi curiosidad me condujo rápidamente a otra pregunta.



—¿Por qué estaba hecha la plataforma de Warbeck con cubas y barriles de vino? —le pregunté.

El breve atisbo de una sonrisa atravesó el rostro de mi tío.

—Porque existe la creencia popular de que la armada del rey estuvo a punto de capturar a Warbeck antes de que llegara a nuestras costas. Los evitó, se dice, escondiéndose en el interior de un tonel de vino vacío que estaba almacenado en la proa de su barco.

Los dedos de mi madre se movieron desde su rosario hasta el fajín de seda de su cintura. Su voz continuó siendo suave, pero el modo en el que retorció la delicada tela alrededor de su mano traicionaba su agitación.

—Con todo lo que está pasando —dijo mamá—, me alegro de que el rey se haya interesado por nosotras.

—Vuestro futuro no es seguro, Joan.

—Se llama Jeanne —protesté—. Jeanne Popyncourt. Como yo.

—Ya no. Ya no estás en Francia, querida sobrina. Tu madre será conocida como Joan, y tú serás Jane, para que podamos distinguir entre ambas.

—No lo comprendo —le dije.

—Te lo explicaré todo cuando llegue el momento, Jeanne —me dijo mamá.

—Jane —insistió mi tío.

—Jane, entonces —continuó—. Ten paciencia, cariño, y te explicaremos todo. Pero por ahora es mejor que no sepas demasiado.

—Y mientras tanto —interrumpió mi tío—, ambas seréis acogidas. Venid. Os llevaré ante el rey.

—¿Ahora?

La palabra salió de sus labios como un ronco graznido. Mi madre abrió los ojos, alarmada.

—Ahora —insistió él.

Ante la urgencia de mi tío, reunimos nuestras posesiones y pronto estuvimos a bordo de una barcaza, navegando río arriba con la marea. Me senté entre él y mi madre en el barco de remos.

El toldo del navío protegía nuestros rostros del sol, pero no oscurecía mi vista. Intentando verlo todo a la vez, me retorció de un lado a otro en el banco acolchado. Habíamos tomado el transbordador justo al oeste del puente de Londres, y teníamos que navegar una buena distancia antes de que dejáramos atrás la extensa ciudad de Londres, con sus altas casas y su multitud de torres de



iglesia. Cuando finalmente rodeamos la curva del Támesis, el río se amplió para revelar verdes prados, jardines junto al río y una deslumbrante variedad de magníficos edificios que eclipsaban de lejos cualquier otra cosa que la ciudad tuviera que ofrecer.

—Ésa es la abadía de Westminster —dijo mi tío, señalando—. Y allí está el gran Palacio de Westminster, donde está esperándonos el rey.

Cuando desembarcamos, nos escoltó hasta la cámara privada de Enrique VII. Sólo pude echar un vistazo rápido a los brillantes tapices y a los espectaculares muebles antes de que un sirviente uniformado nos condujera al pequeño complejo de habitaciones interiores.

—¿Por qué está tan oscuro? —susurré, agarrada a la manga de mi madre.

—Silencio, cariño.

—Muestra un poco de respeto —me espetó mi tío—. ¿No te das cuenta del gran honor que supone poder entrar en los alojamientos privados del rey?

Atravesamos rápidamente una pequeña habitación y entramos en otra. El criado se detuvo frente a una puerta acortinada.

—Haz una reverencia profunda —me ordenó mi tío en un ronco susurro—. No hables a menos que se dirijan a ti. Y no olvides que, cuando ordenen tu retirada, debes salir de la habitación retrocediendo.

Con los ojos abiertos de par en par y los labios presionados con fuerza, me adentré en la habitación: como un ratoncito. Me sentía sobrecogida y aterrorizada ante la perspectiva que yacía ante mí: mi primera reunión con mi nuevo señor.

En aquella época, el rey Enrique aún no se encorbaba, como haría al final de su vida. Era tan alto como mi tío, un hombre delgado que daba la impresión de poseer una gran fortaleza. También tenía la nariz larga y delgada. Estaba majestuosamente vestido con paño de oro y terciopelo escarlata. Su birrete de terciopelo negro, engalanado con un broche de joyas y un colgante de perlas, cubría su cabello castaño rojizo, que empezaba a tornarse gris. Debajo había un rostro pulcramente afeitado y tan tremendamente pálido que la verruga roja de su mejilla derecha sobresalía en un marcado contraste.

Lo miré fijamente con la boca abierta, tan fascinada como atemorizada. El rey Enrique nos contempló detenidamente. Durante



bastante tiempo no dijo nada. Después despidió a sus criados y también envió fuera a mi tío.

—Tenéis los ojos de vuestra madre —dijo a mamá, en francés.

—Gracias, mi señor —le respondió—. Ojalá pudiera recordarla con mayor claridad, pero siempre me han dicho era una mujer hermosa.

Aquella fue la primera vez que oí hablar de la belleza de mi abuela. Mamá rara vez hablaba de su familia. Yo sólo sabía que su madre había muerto cuando ella era muy pequeña, y que después su padre la había enviado a la corte ducal de Bretaña para que entrara al servicio de la hija del duque, Ana.

—Siento la pérdida de vuestro esposo —dijo el rey.

—Johannes era un buen hombre, su Excelencia.

—Era flamenco, ¿verdad?

—Así es. Mercader.

Se produjo un breve e incómodo silencio. Mamá era de buena familia, pero se había casado con un hombre inferior a ella. Yo sabía poco de la historia. Mamá se había casado a los quince años y me había dado a luz en el enero siguiente. Después volvió a la corte bretona. El año siguiente, cuando la duquesa Ana se casó con el rey Carlos, se había convertido en parte del séquito francés de la nueva reina de Francia. Papá, generalmente, vivía conmigo en las casas que ella encontraba para nosotros cerca de la corte, pero a veces tenía que salir para atender sus negocios. Importaba delicadas telas para vestir a los cortesanos y a los reyes.

—¿Enfermedad? —le preguntó el rey, sugiriendo una causa probable para la muerte de mi padre.

Mamá negó con la cabeza.

—Había comprado un barco nuevo para una operación comercial. Resultó que no estaba preparado para navegar en el mar y se hundió cuando él estaba a bordo. Se ahogó.

—Una gran pérdida. ¿Os dejó lo suficiente para vivir?

Mamá respondió en una voz demasiado baja para que yo pudiera oírla. Continuaron su conversación en voz baja. Sólo escuchaba suaves susurros de fondo.

Mis ojos vagaron por la habitación. La sala no tenía tapices, ni baúles o sillas doradas, pero contenía un espejo de pie que parecía de acero. Quería verme la cara, pero no me atreví a moverme del lugar en el que estaba. En una mesa, cerca del espejo, había un



cofre a rebosar de joyas. También había libros. Nunca había visto tantos en un solo lugar.

Los agitados movimientos de los dedos del rey Enrique, que retorcián continuamente la tela del estrecho fajín de seda que llevaba atado alrededor de la cintura, llevaron mi atención de vuelta al rey. Me esforcé en escuchar lo que él y mi madre estaban diciendo, pero sólo pude captar una palabra o dos. El rey dijo «mi esposa», y después «mi protección».

El rey Enrique me miró y, deliberadamente, elevó la voz.

—Me alegro de que estéis aquí. Os prometo que tendréis un lugar en esta corte mientras viváis.

Una lenta sonrisa cubrió sus rasgos. Por alguna razón, parecía enormemente complacido porque mi madre y yo hubiéramos llegado a Inglaterra.

—Por la mañana —continuó el rey, dirigiéndose a mí directamente—, seréis llevada a la guardería real del Palacio de Eltham. A partir de ahora, formaréis parte del séquito de los niños de honor. Vuestros deberes serán a la vez sencillos y agradables: tendréis que conversar diariamente en francés con mis dos hijas menores, lady Margarita y lady María, para que ambas aprendan dicho idioma con fluidez. Margarita es apenas un par de semanas mayor que vos, Jane. María tiene sólo tres años.

—Las serviré lo mejor posible, su Excelencia —prometí.

—Estoy seguro de que lo haréis —me dijo, y con eso la audiencia terminó.

Pasamos aquella noche en el gran Palacio de Westminster, compartiendo cama en una diminuta y apartada habitación. Yo estaba segura de que la buena suerte nos sonreía. Pensaba que mamá y yo estaríamos juntas, sirviendo en la misma corte real. No fue hasta el día siguiente, cuando estaba a punto de embarcar en una de las naves reales para hacer el viaje río abajo, cuando descubrí la verdad. Mamá no me acompañaría a Eltham. El rey Enrique había dispuesto que ella se quedara en el Palacio de Westminster. Bajo el nombre de lady Catherine Gordon, iba a convertirse en una de las damas de su esposa, la reina Isabel de York.

—Nos veremos a menudo —me prometió mamá mientras me daba un beso de despedida—. Se dice que la reina Isabel adora a sus hijas, y me han contado que hace muchas visitas a Eltham y que sus hijas e hijas acuden regularmente a la corte.





Me aferré a su seguridad mientras me enviaban a Eltham sola, sin hablar inglés y sin conocer a nadie. Mi tío, que tenía su propio alojamiento en la corte, me escoltó hasta mi nuevo hogar, pero no se quedó mucho tiempo. Tan rápidamente como pudo, se escabulló de vuelta al Palacio de Westminster.

Cuando entré a formar parte del séquito real del Palacio de Eltham, el rey tenía ya cuatro hijos. Arturo, el príncipe de Gales y heredero al trono, vivía en otro sitio, aunque aun no había cumplido doce años. Poco después de mi llegada, el segundo hijo del rey Enrique, que también se llamaba Enrique, tenía siete años y poseía el título de duque de York, estableció en Eltham su propia corte. Despidió a sus niñeras e institutrices y sus tutores masculinos se hicieron cargo de la educación del joven príncipe.

Las dos princesas, Margarita y María, compartían séquito. También daban clase con algunos de los tutores del príncipe Enrique, de modo que todos los niños de honor, chicos y chicas, tenían contacto diario. Fue por eso por lo que, un par de días después de unirme a sus filas, yo era una más de la docena de alumnos a los que se enseñaba a bailar la pavana.

—¿Tenéis todos los trajes bien abrochados? —preguntó el maestro de baile italiano.

Repitió la pregunta en francés, para que yo lo entendiera.

La mayor parte de los chicos del séquito del príncipe Enrique habían aprendido francés y lo hablaban muy bien, aunque con un acento peculiar. Me dirigí a un chico llamado Harry Guildford, que me había sido asignado como pareja, y susurré:

—¿Por qué le preocupa tanto nuestra ropa?

Harry Guildford era un amable muchacho un año mayor que yo. Sobre su redondo rostro destacaba una larga nariz, el hoyuelo de su barbilla, y su presta sonrisa. El brillo de sus ojos me recordaba a mi amigo de Amboise, Guy Dunois, pero los ojos de Harry eran grises en lugar de verde azulados.

—Durante el trascurso del baile, si los movimientos son demasiado enérgicos, podría caerse al suelo cualquier prenda de ropa. Es por eso por lo que tenemos que revisar que los puntos estén bien sujetos antes de comenzar.

Por puntos se refería a los lazos que ataban las mangas a los





cuerpos, los pantalones a los jubones, y otras prendas entre ellas. No podía imaginar por qué alguien iba a atarlas con descuido, pero aun así me tiré de las mangas y de la falda para asegurarme de que estaban bien sujetas. Me habían dado un vestido de damasco blanco con mangas de terciopelo escarlata, así como cadenas de oro y una diadema: una especie de uniforme.

—Es especialmente vulgar que a una dama se le caiga un guante al bailar —continuó nuestro tutor—, ya que esto provoca que los caballeros se apresuren y corran como una bandada de estorninos a recogerlo.

—¿Los estorninos corren? —le susurré a Harry—. Habría pensado que volaban.

El chico pensó que mi comentario era divertido y lo tradujo para los que no entendían el francés. Yo había comenzado a entender un poco de inglés, pero sólo me di cuenta de que había dicho algo inteligente cuando el príncipe Enrique me sonrió.

A los siete años era un niño gordito, con pequeños ojos azules grisáceos y unos brillantes rizos dorados. Pero tenía unos rasgos muy bonitos, casi femeninos, y ya sabía mostrarse encantador. Le devolví la sonrisa.

El maestro de baile dio unas palmadas para indicar a los músicos que tocaran. Después observó con intensidad de halcón el desarrollo de nuestros pasos. La mayor parte de su atención estaba en el príncipe Enrique y en la princesa Margarita, pero tan pronto como comencé a bailar hacia atrás, gritó mi nombre.

—¡*Mademoiselle* Jane! Una dama no debe levantarse el vestido con las manos. Debéis moveros de tal modo que apartéis la cola del camino antes de retroceder.

Frunciendo el ceño por la concentración intenté seguir sus instrucciones, pero había demasiadas cosas que recordar. ¿Y si me pisaba el vestido y me caía al suelo? Todo el mundo se reiría de mí.

Mientras Harry y yo continuábamos ejecutando los deslizantes y oscilantes pasos de la pavana, tenía el corazón en la garganta. Me sentí un poco más segura después de que el chico apretara mi mano y me sonriera. De algún modo, me las arreglé para terminar el baile sin llamar la atención sobre mí de nuevo.

—*Merci* —dije, cuando la música cesó—. Os agradezco vuestra ayuda.





Harry hizo una reverencia cortés.  
—Ha sido un placer, *mademoiselle*.

En agosto, cuando llevaba en Eltham seis semanas, ya podía conversar con mucha mayor facilidad en inglés, aunque tenía problemas con algunas palabras. Cada mañana pasaba varias horas en el cuarto de los niños, jugando con lady María y hablando con ella en francés. Se trataba de una niña excepcionalmente hermosa, con ojos azules y rasgos delicados. Era delgada y prometía ser alta cuando alcanzara la edad adulta. Tenía el cabello dorado con reflejos rojizos.

Por las tardes ayudaba a lady Margarita y conversaba con ella tanto en francés como en inglés. A diferencia de su hermana menor, tenía los ojos oscuros, un rostro redondo y una figura rechoncha y gruesa. Sus mejores rasgos eran su aspecto lozano y su cabello castaño.

Ambas princesas parecían apreciarme, aunque el resto de chicas de los niños de honor me miraban con recelo porque yo no hablaba su idioma. Margarita, a veces, se mostraba temperamental y tenía tendencia a hacer mohines, y María era propensa a las rabietas. Pero yo aprendí rápidamente a evitar ser el objeto de su ira. El resto de chicas también se mostraban resentidas por eso.

Además, aprendí a tocar el laúd, el virginal y a montar a caballo. Un día cabalgamos hasta otro de los palacios situados a la orilla del Támesis pertenecientes al rey Enrique. Estaba a apenas a un par de millas de Eltham.

—¿Qué lugar es este? —pregunté, mirando un enorme complejo de edificios más allá de una gran extensión de exuberantes jardines. Había andamios en varios puntos, y atareados obreros se enjambraban como abejas sobre una de sus torres.

—Lo llaman el Palacio de la Placidez —me respondió lady Margarita.

—¿El Palacio del Placer?

Mi inocente error al traducir produjo unas risas desmesuradas, sobre todo en los dos niños de honor que eran mayores, Ned Neville y Will Compton, y en Goose, el bufón del príncipe Enrique.

—Lo llaman así debido a sus agradables vistas —dijo Will—,







pero no hay duda de que en el interior de esos muros también debe haber placer.

—Yo nací allí —dijo el príncipe Enrique—. Es mi palacio favorito. Ojalá padre y madre no hubieran salido de viaje. Si estuvieran aquí podríamos visitarlos.

—No podrán quedarse aquí hasta que su viaje de verano haya terminado —dijo Margarita.

Después de traducir aquel intercambio, fruncí el ceño. No había visto a mi madre desde que salimos de Westminster la mañana después de nuestra reunión con el rey.

—¿En qué consiste ese viaje de verano? —pregunté, ya que no estaba familiarizada con aquella costumbre inglesa.

—Toda la corte visita distintas partes del reino alojándose en casas solariegas, palacios o castillos —me explicó Harry Guildford.

—A veces nos llevan con ellos —añadió lady Margarita con melancolía.

—Pero este año no —dijo el príncipe Enrique—. Y no volverán al Palacio de Westminster hasta finales de octubre.

Aquello significaba que no volvería a ver a mamá hasta dentro de algún tiempo. Resignada, me dediqué a perfeccionar mi inglés y a dominar la música, la danza y la monta. En septiembre nos mudamos todos a Hatfield House, una casa palaciega de ladrillo en Hertfordshire, para que pudieran limpiar y airear el Palacio de Eltham.

Una semana después, en un fresco día sin nubes, cuando ya llevaba casi tres meses formando parte del séquito de las infantas, lady Margarita y yo paseábamos por el jardín mientras manteníamos nuestra conversación diaria.

—Temí por mi vida —me confió, hablándome de su reacción ante el gran incendio de Sheen, otro de los palacios de su padre, la Navidad anterior. Toda la familia real estaba en el edificio en aquel momento. Habían tenido suerte de escapar ilesos.

—El fuego es terrorífico —asentí—. Cuando vivía en Amboise ardió una casa. Todos temían que las chispas pudieran incendiar el pueblo entero. Los hombres formaron una línea y se pasaron cubos de agua para apagar las llamas. Mi amigo Guy también ayudó, aunque en aquella época aún era muy pequeño.

Habían pasado semanas desde la última vez que había pensado en Guy, o en el resto de mis amigos de Francia. Me inundó una



pequeña punzada de remordimiento. ¿Ellos también me habrían olvidado?

Sumida en mis pensamientos, rodee un topiario recortado para parecer un dragón, uno de los emblemas del rey Enrique. Un par de pasos delante de mí, la princesa se detuvo de repente.

—¿Quién es ese hombre?

Miraba con los ojos entornados a una silueta que acababa de atravesar una de las entradas, pero la distancia obstaculizaba su visión.

Mi vista era más precisa y reconocí inmediatamente a mi tío, sir Rowland Velville. El hombre caminó rápidamente hacia nosotras a través del sendero de gravilla.

—Su Excelencia —saludó a lady Margarita, haciendo una reverencia tan profunda que casi rozó la punta de su zapato con la nariz—. Os ruego que nos dejéis, para que pueda hablar en privado con mi sobrina.

—Podéis hablar con ella, pero en mi presencia —le respondió Margarita con voz autocrática.

Mi tío hizo una reverencia más.

—Como deseáis, su Excelencia. —Se dirigió a mí, en un tono tan formal como se había mostrado con lady Margarita—. Querida Jane: tu madre, mi adorada hermana, ha muerto. —Mientras me comunicaba aquella devastadora noticia no mostró ninguna emoción—. Ocurrió de repente, mientras estaba de viaje con la corte.

Aturdida, ahogué un grito, incapaz de formar palabras y casi de pensar. La inmensidad de lo que había dicho era demasiada para asimilarlo.

Como desde muy lejos, escuché hablar a lady Margarita.

—¿Cómo murió, sir Rowland?

—Una fiebre de algún tipo. No lo sé con seguridad. Yo estaba en Drayton, en Leicestershire, con el rey, pero las damas no habían llegado todavía hasta allí.

Luchando contra la gran oscuridad que amenazaba con tragarme, me derrumbé en un banco de piedra cercano. Supongo que el sol brillaba tanto como de costumbre, pero para mí su luz se había apagado.

—No —susurré—. No. No puede estar muerta. Debes estar equivocado.